

Querido:

Puedo oír cómo suben por nuestra calle. Es un rugido extraño, amenazante; sacudidas y golpes. El suelo tiembla bajo mis pies. También oigo los gritos, unas voces masculinas, altas, excitadas, el relincho de los caballos y el martilleo de sus cascos. El rumor de una batalla, como aquel terrible mes de julio tan caluroso en el que nació nuestra hija, aquella hora sangrienta en la que la ciudad se erizó de barricadas. Hay nubes de polvo sofocantes, un humo agrio, tierra y escombros.

Le escribo estas letras sentada en la cocina vacía. La semana pasada embalaron los muebles y los enviaron a Tours, a casa de Violette. Dejaron la mesa, era demasia-

do voluminosa, también la cocina de esmalte, muy pesada. Tenían mucha prisa y yo no pude soportar el espectáculo. Aborrecí cada minuto. La casa despojada de todos sus enseres en un brevísimo instante. Su casa, la que usted pensaba que se salvaría. ¡Ay, amor mío! No tema, yo no me marcharé jamás.

Por las mañanas, el sol se cuele en la cocina, eso siempre me ha gustado. Pero hoy, esta cocina, sin Mariette apresurada, con la cara enrojecida por el calor de la estufa, y sin Germaine refunfuñando mientras se recompone los rizos que se le escapan del moño prieto, es un lugar muy lúgubre. Con un ligero esfuerzo, casi puedo oler las bocanadas de humo del ragú de Mariette, que tejían lentamente una apetitosa redecilla por la casa. Nuestra cocina, antaño llena de alegría, está triste y desnuda, le faltan las cazuelas y las ollas resplandecientes, las hierbas, las especias en sus tarritos de cristal, las verduras frescas del mercado y el pan caliente en la panera.

Recuerdo el día que llegó la carta, el año pasado, un viernes por la mañana. Yo leía *Le Petit Journal* junto a la ventana del salón, mientras tomaba un té. Siempre me ha gustado ese momento apacible, antes de que comience el ajetreo diario. No era nuestro cartero habitual. A ese, no lo había visto nunca. Un hombretón grande y huesudo, con una gorra de plato verde que le cubría el pelo de lino. Llevaba una bata de color azul con el cuello rojo que parecía demasiado ancha para él. Vi cómo

se llevaba una mano ágil a la gorra y entregaba el correo a Germaine. Luego desapareció y lo oí silbar bajito mientras seguía su ruta por la calle.

Después de dar un sorbo al té, volví al periódico. Aquellos últimos meses, la Exposición Universal estaba en boca de todos. Siete mil extranjeros invadían los bulevares todos los días. Una vorágine de invitados de prestigio: Alejandro II de Rusia, Bismarck, el vicerrey de Egipto. ¡Qué triunfo para nuestro emperador!

Distinguí los pasos de Germaine en la escalera y el frufurú de su vestido. Es raro que yo reciba correo. Generalmente, una carta de mi hija, cuando considera que tiene que mostrarse atenta, o de mi yerno por la misma razón. A veces, una postal de mi hermano Émile o de la baronesa de Vresse, desde Biarritz, junto al mar, donde pasa los veranos. Eso sin contar los recibos e impuestos esporádicos.

Aquella mañana, me fijé en el sobre blanco y largo. Le di la vuelta: «Prefectura de París. Ayuntamiento» y mi nombre en grandes letras negras. Lo abrí. Las palabras se distinguían claramente, pero no pude comprenderlas. No obstante, tenía las gafas bien sujetas en la punta de la nariz. Me temblaban tanto las manos que tuve que dejar la hoja en las rodillas y respirar profundamente. Cogí de nuevo la carta y me obligué a leerla.

— ¿Qué ocurre, señora Rose? — gimió Germaine. Debía de haber visto mi expresión.

Metí la carta en el sobre, me levanté y me alisé la falda con las palmas de las manos. Un bonito vestido de color azul oscuro, con el número justo de volantes para una señora mayor como yo. Usted lo habría aprobado. También recuerdo el calzado que llevaba puesto, unas simples zapatillas, suaves y femeninas, y recuerdo el grito que soltó Germaine cuando le expliqué lo que decía la carta.

Más tarde, mucho más tarde, sola en nuestra habitación, me derrumbé encima de la cama. Por más que supiera que aquello podía suceder en cualquier momento, la impresión fue terrible. Entonces, mientras todos los de la casa dormían, cogí una vela y el plano de la ciudad que le gustaba observar. Lo desplegué encima de la mesa del comedor y tuve cuidado de no verter cera caliente encima. Sí, veía la progresión inexorable de la calle Rennes, que surgía derecha hacia nosotros desde la estación del ferrocarril de Montparnasse, y del bulevar Saint-Germain, ese monstruo hambriento, reptando hacia el oeste desde el río. Con dos dedos temblorosos, seguí el rastro hasta donde se unen. Exactamente en nuestra calle. Sí, nuestra calle.

En la cocina reina un frío glacial, tengo que bajar a buscar un chal y también unos guantes, pero solo para la mano izquierda, porque con la derecha quiero seguir escribiéndole.

Hace unos quince años, cuando nombraron al prefecto, usted se mofaba: «Nunca tocarán la iglesia, ni las

casas de su alrededor». Luego supimos lo que iba a ocurrir con la casa de mi hermano Émile, pero usted seguía sin tener miedo: «Estamos cerca de la iglesia, eso nos protegerá».

A menudo voy a sentarme a la iglesia, tranquila y apacible, para pensar en usted. Ahora hace diez años que murió, pero para mí es como si hubiera pasado un siglo. Contemplo los pilares y los frescos, recién restaurados, y rezo. El padre Levasque se acerca a mí y cuchicheamos en la penumbra.

— ¡Señora Rose, hará falta más que un prefecto o un emperador para amenazar nuestro barrio! Childeberto, rey merovingio y fundador de esta iglesia, vela por su creación como una madre por su hijo.

Al padre Levasque le gusta recordarme cuántas veces se ha saqueado, destrozado, quemado y arrasado la iglesia desde la época de los normandos, en el siglo IX. En tres ocasiones, creo. Amor mío, qué equivocado estaba.

La iglesia se salvará, pero nuestra casa no. La casa que tanto amaba usted.

El día que recibí la carta, el señor Zamaretti, el librero, y Alexandrine, la florista, que habían recibido el mismo correo de la prefectura, subieron a visitarme. No se atrevían a mirarme a los ojos. Sabían que a ellos no les resultaría tan terrible; siempre habría un hueco en la ciudad para un librero y una florista. Pero sin la renta de los locales comerciales, ¿cómo llegaría yo a fin de mes? Soy su viuda y sigo alquilando los dos locales que me pertenecen, uno a Alexandrine y el otro al señor Zamaretti; como lo hacía usted, como lo hizo su padre antes que usted, y el padre de su padre.

Un pánico frenético se apoderó de nuestra callejuela, que no tardó en llenarse del bullicio de todos los

vecinos, carta en mano. ¡Qué espectáculo! Todo el mundo parecía haber salido de sus casas y todos vociferaban, hasta la calle Sainte-Marguerite: el señor Jubert, el de la imprenta, con el delantal manchado de tinta, y la señora Godfin, de pie en el umbral de su herboristería. También estaba el señor Bougrelle, el encuadernador, fumando en pipa. La picaruela señorita Vazembert, la de la mercería (usted no la conoció, alabado sea el Señor), iba y venía por la acera, como pavoneándose, con un miriñaque nuevo. Nuestra encantadora vecina, la señora Barou, me dedicó una gran sonrisa cuando me vio, pero me di cuenta de lo desesperada que se sentía. El chocolatero, el señor Monthier, era un mar de lágrimas. El señor Helder, el propietario de ese restaurante que tanto le gustaba a usted, Chez Paulette, se mordía nervioso el labio, lo que le agitaba el poblado bigote.

Yo llevaba puesto un sombrero, nunca salgo sin él, pero, con las prisas, muchos olvidaron el suyo. El moño de la señora Paccard amenazaba con desmoronarse cuando meneaba con furia la cabeza. El doctor Nonant, también con la cabeza descubierta, agitaba el dedo índice rabioso. El señor Horace, el tabernero, consiguió que se le oyera entre el tumulto. Desde que usted nos dejó, él sigue siendo el mismo. Quizá tenga el pelo rizado algo más gris y su panza haya adquirido una pizca de volumen; sin embargo, sus maneras estridentes y la risa so-

nora no se han debilitado. Sus ojos, negros como el carbón, echan chispas.

—Señoras y señores, ¿qué hacen chismorreando a voz en grito? ¿De qué nos servirá eso? Les invito a una ronda a todos, ¡también a los que no frecuentan mi antro!

Por supuesto, se refería a Alexandrine, la florista, a quien le repugna la bebida. Un día me contó que su padre había muerto alcohólico.

La taberna del señor Horace es húmeda y tiene el techo bajo, no ha cambiado desde su época. De fila en fila, las botellas cubren la pared y unas pesadas cubas coronan los bancos de madera. Nos reunimos todos junto a la barra. La señorita Vazembert ocupaba un espacio considerable con su miriñaque. A veces me pregunto cómo pueden llevar una vida normal las damas embutidas en esos engorrosos arreglos. ¿Cómo diantre se subirán a una calesa o se sentarán para cenar? Y eso por no mencionar las necesidades íntimas naturales. Seguro que a la emperatriz no le supone demasiado esfuerzo, bueno, lo supongo, porque vive rodeada de damas de compañía que responden a sus más mínimos caprichos y satisfacen sus más mínimas necesidades. Cuánto me alegro de ser una señora mayor de casi sesenta años. No tengo que ir a la moda, ni preocuparme por la forma del justillo ni de las enaguas. Pero estoy divagando, ¿no, Armand? Debo seguir con mi historia. Siento los dedos cada vez más fríos. Pronto tendré que preparar un té para calentarme.

El señor Horace sirvió aguardiente en unos vasos sorprendentemente finos. No probé el mío y Alexandrine tampoco; pero nadie se dio cuenta. Todos se dedicaban a comparar sus cartas, que empezaban así: «Expropiación por decreto». Recibiríamos una determinada cantidad de dinero según nuestros bienes y nuestra situación. Debían destruir completamente la calle Childebert para continuar la prolongación de la calle Rennes y del bulevar Saint-Germain.

Tenía la sensación de estar junto a usted, allá arriba, o dondequiera que se encuentre, y de observar la agitación desde lejos. Lo que, en cierto modo, me protegíó. Envuelta en una especie de aturdimiento, escuchaba a los vecinos y observaba sus diferentes reacciones. El señor Zamaretti no dejaba de secarse el sudor que le perlaba la frente con un pañuelo de seda. Alexandrine permanecía inalterable.

—Dispongo de un excelente abogado — anunció el señor Jubert antes de vaciar de un trago su vaso de aguardiente, que apretaba con los dedos sucios y manchados de negro—. Él me sacará de esta. Sería grotesco plantearse abandonar la imprenta. Diez personas trabajan para mí. El prefecto no será quien diga la última palabra.

La señorita Vazembert, con un delicioso serpenteo de enaguas susurrantes, intervino:

—Señor, pero ¿qué podemos hacer nosotros frente al prefecto y el emperador? Llevan quince años arrasando la ciudad. Somos lisa y llanamente impotentes.

La señora Godfin asintió, con la nariz de color rosa fuerte. Luego intervino el señor Bougrelle en voz alta, sorprendiéndonos a todos:

—Quizá podamos ganar dinero con todo esto. Y mucho, si actuamos astutamente.

El local estaba nublado de humo, hasta tal punto que me picaban los ojos.

—Vamos, amigo —espetó con desprecio el señor Monthier, que, por fin, había dejado de llorar—. El poder del prefecto y del emperador es inquebrantable, y nosotros ya tendríamos que saberlo, hemos sido testigos más de lo debido.

—¡Desgraciadamente! —suspiró el señor Helder, con la cara roja.

Yo los miraba a todos en silencio, junto a Alexandrine, tan poco elocuente como yo. Me fijé en que los más furiosos del grupo eran la señora Paccard, el señor Helder y el doctor Nonant. Probablemente, los que más tenían que perder. Chez Paulette disponía de veinte mesas y el señor Helder contratava personal para garantizar el servicio de su excelente establecimiento. ¿Recuerda que ese restaurante estaba siempre lleno? Acudían clientes hasta de la margen derecha para saborear su exquisito estofado.

El hotel Belfort se alza orgulloso en la esquina de la calle Bonaparte con la calle Childebert. Dispone de dieciséis habitaciones, treinta y seis ventanas, cuatro

plantas y un buen restaurante. Para la señora Paccard, perder ese hotel significaba perder el fruto del trabajo de toda una vida, algo por lo que su difunto marido y ella habían luchado. Yo sabía que ponerlo en marcha no había sido fácil. Habían trabajado día y noche para acondicionar el establecimiento, para darle la categoría que entonces tenía. Durante los preparativos de la Exposición Universal, el hotel exhibía el cartel de completo todas las semanas.

Respecto al doctor Nonant, nunca lo había visto tan indignado; la rabia le desfiguraba el rostro, por lo general muy tranquilo.

—Perderé todos mis pacientes —estalló—. Todo lo que he conseguido año tras año. Tengo la consulta en una planta baja, por lo que el acceso es fácil, sin escaleras incómodas; las habitaciones son amplias, soleadas, mis pacientes se sienten bien. Estoy a dos pasos del hospital, donde paso consulta, en la calle Jacob. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿El prefecto se imagina que me daré por satisfecho con una absurda cantidad de dinero?

Sépallo, Armand, me resultaba curiosa la sensación de estar en aquella taberna, escuchando a los demás, y saber que, en mi fuero interno, no compartía su enojo. Todos me miraban y esperaban que, como viuda, hablase para expresar mi propio miedo por perder los dos locales comerciales y sus respectivas rentas. Amor mío, ¿cómo podría explicarles? ¿Cómo iba a revelar aunque

solo fuera una parte de lo que aquello significaba para mí? Mi dolor y mi sufrimiento se situaban más allá. No pensaba en el dinero, sino en la casa. En nuestra casa y todo lo que usted la quería. Lo que representaba para usted.

En medio de aquel guirigay, la señora Chanteloup, la agradable tintorera de la calle Ciseaux, y el señor Presson, el carbonero, hicieron una entrada espectacular. La señora Chanteloup, roja de excitación, anunció que uno de sus clientes trabajaba en la prefectura y que ella había visto una copia del plano y del trazado del nuevo bulevar. Las calles desahuciadas de nuestro vecindario eran: Childebert, Erfurth, Sainte-Marthe, Sainte-Marguerite y el pasadizo Saint-Benoît.

—Lo que quiere decir —concluyó triunfante— que ni mi tintorería ni la carbonería del señor Presson corren peligro. ¡No destruirán la calle Ciseaux!

Sus palabras se recibieron con suspiros y gruñidos. La señorita Vazembert la miró de arriba abajo, despectivamente, y luego salió en tromba con la cabeza muy alta. El eco de sus tacones resonó por la calle. Recuerdo mi consternación cuando me enteré de que la calle Sainte-Marguerite, donde nací, también estaba condenada a desaparecer. Pero la auténtica angustia, la que me corroía, la que estaba en el origen de ese miedo que ya no se ha separado de mí, tenía que ver con la destrucción de nuestra casa de la calle Childebert.

Aún no era mediodía. Algunos ya habían bebido demasiado. El señor Monthier volvió a lloriquear con unos hipidos infantiles que me repugnaron y conmovieron a la vez. El bigote del señor Helder se agitó de arriba abajo de nuevo. Yo regresé a casa, donde me esperaban Germaine y Mariette preocupadas. Querían saber qué sería de ellas, de nosotros, de la casa. Germaine había ido al mercado. Allí solo se hablaba de las cartas, de la orden de expropiación, de lo que sufriría nuestro barrio. El vendedor ambulante de frutas y verduras, con su carro descuajeringado, se había interesado por mí: «¿Qué va a hacer la señora Rose? —había preguntado—. ¿Adónde irá?». Germaine y Mariette estaban desesperadas.

Me quité el sombrero y los guantes y, tranquilamente, le dije a Mariette que preparase la comida. Algo sencillo y fresco. Un lenguado, ¿quizá porque era viernes? Germaine dibujó una amplia sonrisa, precisamente acababa de comprarlo. Mariette y ella fueron a trabajar a la cocina. Yo me senté, tranquila, y reanudé la lectura del *Petit Journal*. Me temblaban los dedos y el corazón me latía como un tambor. Pensaba continuamente en lo que había dicho la señora Chanteloup. Su calle solo estaba a unos cuantos metros de aquí, justo al final de la calle Erfurth, y se salvaría. ¿Cómo era posible? ¿En nombre de quién?

Por la noche, Alexandrine vino a hacerme una visita. Quería charlar conmigo sobre lo que había ocurri-

do por la mañana y saber qué pensaba de la carta. Irrumpió como de costumbre, un torbellino de tirabuzones envueltos en un chal ligero, pese al calor. Amablemente, pero con firmeza, invitó a Germaine a que nos dejara y se sentó junto a mí.

Armand, permítame que se la describa, porque llegó al año siguiente de su muerte. Cómo me habría gustado que la hubiera conocido. Tal vez ella es el único rayo de sol de mi triste existencia. Nuestra hija no es un rayo de sol en mi vida, pero eso ya lo sabe, ¿no es cierto?

Alexandrine Walcker ocupó el local de la anciana señora Collévillé. «¡Qué joven!», pensé cuando la vi por primera vez. Joven y segura de sí misma. Apenas tenía veinte años. Daba vueltas por la tienda, hacía gestos y lanzaba comentarios mordaces. Bien es verdad que la señora Collévillé no había dejado el local muy limpio. Ni, por otra parte, lo tenía particularmente acogedor. La tienda y sus dependencias eran siniestras y oscuras.

Alexandrine Walcker es alta y huesuda, con un cuello increíblemente fuerte que parece brotar de su justillo negro. Al principio, su cara redonda, pálida, casi de luna, me hizo temer que fuera idiota, pero no podía estar más equivocada. En cuanto me miró con esos ojos abrasadores de color caramelo, lo entendí. Sus ojos centelleaban de inteligencia. Además, tiene una boquita enfurruñada que sonrío en escasas ocasiones, una curiosa nariz respingona y una melena espesa de bucles tornasolados

recogidos con habilidad en lo alto de una redonda cabeza. ¿Guapa? No. ¿Encantadora? No exactamente. Había algo extraño en la señorita Walcker, lo noté en el acto. He olvidado mencionar su voz: dura, chirriante. También tiene la curiosa costumbre de hacer un gesto como si chupara un caramelo. Pero, fíjese, aún no la había oído reír. Eso llevó su tiempo. La risa de Alexandrine Walcker es el sonido más exquisito, más delicioso que pueda oírse, como el murmullo de una fuente.

Le aseguro que no reía cuando examinó la cocina minúscula y repugnante de la habitación contigua, tan húmeda que hasta las paredes parecían rezumar agua. Luego bajó con cuidado los peldaños oscilantes que conducen a la bodega, donde la anciana señora Collévillé acostumbraba a guardar las flores de reserva. El local no pareció impresionarla mucho y me sorprendió saber a través del notario que había decidido instalarse allí.

¿Recuerda que la tienda de la señora Collévillé siempre tenía un aspecto apagado, incluso en pleno mediodía? ¿Que las flores eran clásicas, descoloridas y, reconozcámoslo, ordinarias? En cuanto Alexandrine ocupó la tienda, esta experimentó una transformación deslumbrante. Alexandrine llegó una mañana con una brigada de obreros, unos buenos mozos jóvenes y robustos que organizaron tal jaleo —acompañado de enormes carcajadas— que pedí a Germaine que bajara a ver qué hacían. Cuando me di cuenta de que no volvía, me aventuré a ir

yo misma. Una vez en el umbral, me quedé boquiabierta.

La tienda estaba inundada de luz. Los obreros la habían despojado de la triste tapicería castaña y de la pátina gris de la señora Collévillé. Habían eliminado todo rastro de humedad y repintaban las paredes y los rincones de un blanco luminoso. El suelo, recién encerrado, brillaba. Habían tirado el tabique que separaba la tienda y la habitación del fondo, así se duplicó el espacio. Aquellos jóvenes, encantadores y además alegres, me recibieron con entusiasmo. Podía oír la voz estridente de la señorita Walcker, que estaba en la bodega, dando órdenes a otro joven. Cuando se dio cuenta de mi presencia, me hizo un rápido gesto con la cabeza. Supe que estaba de más y, tan humilde como una sirvienta, me marché.

A la mañana siguiente, Germaine, con la respiración entrecortada, me sugirió que bajara para echar un vistazo a la tienda. Parecía tan excitada que dejé la labor precipitadamente y la seguí. ¡Color rosa! Rosa, amor mío, y un color rosa que usted jamás hubiera imaginado. Una explosión de rosa. Rosa oscuro por fuera, pero nada demasiado atrevido ni frívolo, nada que hubiera podido conferir algo de indecoroso a nuestro hogar, y un letrero sencillo y elegante encima de la puerta: «Flores. Encargos para toda ocasión». La disposición del escaparate era adorable, tan bonita como un cuadro, hecha con

adornos y flores; un derroche de buen gusto y feminidad, la manera ideal de atraer la mirada de una mujer coqueta o de un caballero galante que busca una flor para el ojal que le siente bien. Y en el interior, ¡unos empapelados de colores rosas a la última moda! Era magnífico y tan seductor...

La tienda rebosaba de flores, las flores más hermosas que jamás hubiera visto. Rosas divinas de tonos increíbles, magenta, púrpura, oro, marfil; peonías suntuosas de cabezas pesadas e inclinadas; y los aromas, amor mío, un perfume embriagador, lánguido, que flotaba puro, aterciopelado, como una caricia de seda.

Me quedé, fascinada, con las manos juntas, como una niña. Una vez más, Alexandrine me miró, sin sonreír; sin embargo, adiviné un ligero brillo en su mirada incisiva.

—Entonces, ¿mi arrendadora aprueba el color rosa?
—murmuró, mientras recomponía unos ramos con unos dedos rápidos y hábiles.

Asentí en un susurro. No sabía cómo reaccionar frente a esa joven señorita altiva y tajante. Al principio, me intimidaba.

Una semana más tarde, Germaine me llevó una invitación al salón. De color rosa, por supuesto. Y emanaba un perfume de lo más delicado: «Señora Rose, ¿desearía pasar a tomar el té? A. W.». Y así nació nuestra maravillosa amistad. Con té y rosas.